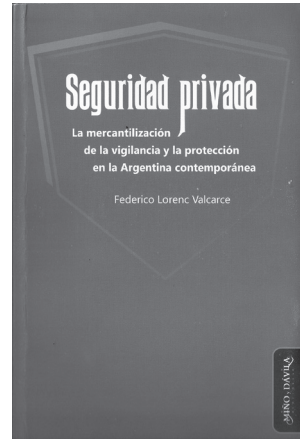


Comentario a Lorenc Valcarce, Federico: *La seguridad privada*

Miño y Davila, Buenos Aires, 2014

Por Esteban Rodríguez Alzueta



En Argentina sabemos mucho de seguridad pública, pero muy poco sobre seguridad privada. De hecho este es el tercer libro que se escribe estrictamente sobre la problemática, pero el primero desde una perspectiva sociológica. Los otros dos siguen cautivos de una mirada normativista. Me refiero a “Seguridad privada. Sus impactos en el estado de derecho” de Martín Lozada y “Quién custodia a los custodios. Auge de las agencias de seguridad privada” de Martín Medina.

Digo, la seguridad privada, la pregunta por la seguridad privada, es una cuestión pendiente en el país. Ya hemos dicho que en materia securitaria el gobierno nacional no supo o no pudo replicar la misma performance progresista que deparó para otras áreas, que es una década que se cierra con muchas tareas inconclusas. Una de ellas tiene que ver con la industria de la seguridad privada. Una discusión que quedó circunscripta y encriptada entre sus interesados directos, o un debate disimulado por funcionarios o ex funcionarios policiales, incluso por legisladores lobistas de los actores del sector. Porque no todo es dinero, también hay política y, más aún, geopolítica detrás de las empresas privadas. Cuando las agencias de seguridad o inteligencia internacionales no pueden operar en el territorio se valdrán de las estructuras empresariales de la seguridad privada para continuar espionando. No sólo le sale más barato, sino que además pueden incrementar sus ganancias. Por eso estas empresas suelen ser la mejor fachada para disimular sus operaciones. Una parte de esta intrincada trama quedó expuesta con la muerte del fiscal Nismman, ese oscuro personaje financiado también por grupos de este sector.

Pero no quiero ir por ese andarivel porque nos pondremos conspirativistas y este libro es justamente lo contrario: una discusión con las versiones conspirativistas de la seguridad. Porque para Federico Lorenc Valcarce hay dos visiones en pugna: una, que explica el auge y la expansión de la seguridad privada y la mercantilización de la vigilancia y la protección en Argentina en la crisis del Estado, en la incapacidad del Estado para asegurar a sus ciudadanos, en las propias fallas de la policía pública (la famosa hipótesis del “estado fallido” o del “estado ausente”). Y otra que, por el contrario, está más atenta o hace hincapié en otros fenómenos, como por ejemplo, las transformaciones estructurales de las sociedades contemporáneas y la cultura del miedo.

Si para la primera tesis, la seguridad privada es la expresión de la desmonopolización de la violencia (la pérdida del monopolio de la violencia legítima que alguna vez definió al Estado Moderno); para la segunda, resulta su complementariedad. Cuando se desdibuja el límite entre lo público y lo privado, se modifica la necesidad social de la seguridad. Pero también, cuando se transforma la ciudad, y las elites o sectores medios altos, abandonan el centro de la ciudad para mudar su residencia, el ocio y la oficina a la periferia periurbana, y cada vez hay más objetos al alcance de la mano, la seguridad se transforma en una obsesión o representación desproporcionada de la realidad y esa obsesión crea nuevas y mejores oportunidades para diversificar y expandirse.

Más aún, para la primera tesis, la expansión de la seguridad privada no sería solamente la consecuencia de la crisis del Estado sino que contribuiría al mismo tiempo a minar las bases de las instituciones estatales en general y de la policía pública en particular. Una tesis tributaria -como el propio autor se encarga de sugerir entre líneas-, de prejuicios ideológicos y la modorra intelectual de importantes sectores de la izquierda, pero que se cae a pedazos cuando se la contrasta con los resultados de sus investigaciones.

Para Lorenc Valcarce no se trata de tomar partida por una de estas visiones sino explorar la relación que existe entre lo político y lo económico y, más aún, de pensar el vínculo entre lo socio-cultural, lo político y lo económico. Tres esferas imbricadas, articuladas o enraizadas entre sí.

Además, si se mira de cerca, analizando el mercado con el punto de vista de los distintos actores involucrados en el sector, nos daremos cuenta que la seguridad privada se ha ido desarrollando aprovechando los lugares vacantes que dejaba la seguridad pública en una economía (de mercado) que estaba transformando la ciudad y las maneras de transitarla, así como los modos de estar en el barrio. Y esto no debería -repito- apresurarnos a deducir que el estado con su policía se ha debilitado o está ausente. Al contrario, las provincias donde más se ha expandido la seguridad privada (CABA, Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe) son precisamente las provincias que más recursos han invertido en seguridad pública. Se trata, si se quiere, de territorios sobreasegurados donde, por ahora, existe una clara delimitación entre las funciones y áreas de incumbencia de una y otra. Eso no implica que no haya conflictos o zonas grises, pero no estamos

frente a una virtual privatización de la seguridad en general, o ante la delegación de la seguridad pública en la industria privada de la seguridad. El Estado ha sido exitoso en la delimitación de las esferas entre lo que es público y privado, aunque muy deficiente en su contralor. Justamente la ausencia de controles pone a la seguridad privada en un limbo, lo que tiende a producir zonas grises por donde se cuelan los intereses y apuestas políticas abyectas. (Entre paréntesis aclaremos, como el propio Lorenc Valcarce lo hace, que la respuesta legislativa, tal como sucedió con otros temas en otros ámbitos de la seguridad, solo se puso en movimiento cuando la coyuntura lo exigió. Se sabe: cuando la seguridad se delega en las policías, la política reacciona a golpe de escándalos mediáticos o con cada crisis institucional que pone a la clase dirigente al borde de una crisis de confianza). Cierro el paréntesis y vuelvo con las palabras del autor: “La seguridad pública –dice- no es el resultado de la privatización de la función policial. No es la función policial tal como existía en Argentina hasta los años ochenta lo que se transfiere hacia los mercados de la seguridad. A pesar de algunos comportamientos desviados propios de toda profesión, las empresas de vigilancia no persiguen militantes, no secuestran adversarios políticos, no matan individuos clasificados como enemigos del orden. ¡Y apenas si persiguen a los delincuentes! Ni la vieja ni la nueva función del Estado les concierne. Se encargan más bien de tareas de vigilancia que la policía no ha cumplido nunca. Se trata pues de una nueva función que surge de la especificación de actividades hasta entonces borrosas y no especializadas”¹. Acaso por eso mismo, Lorenc Valcarce prefiere no hablar de privatización sino de *mercantilización de la seguridad*. La expansión de la industria de la seguridad hay que leerla no perdiendo de vista la influencia que el Mercado, con toda su nueva espiritualidad, las nuevas dinámicas empresariales y criterios de organización, pero también, agrego yo, no perdiendo de vista tampoco la emergencia de la inseguridad a mediados de los ‘90, el crecimiento del delito predatorio, el desdoblamiento del delito y el miedo al delito, y la producción social de nuevos chivos expiatorios casi siempre asociados a determinados actores o determinados lugares presentados como “usinas del miedo”. La seguridad privada, entonces, es la expresión de la creciente influencia del Mercado, que a veces se hace contra el Estado, pero muchas otras veces asociada con él o con determinados actores que viven del gasto del Estado. Pero no estamos frente a una transferencia de recursos del Estado sino antes nuevos mercados que se fueron generando a partir de los cambios de hábitos y representaciones en la sociedad.

Por eso el telón de fondo de la *mercantilización de la seguridad* es lo que algunos autores han llamado *sociedad de prevención*. Como reza el refrán: más vale prevenir que curar. La prevención es el nuevo fetiche que le agrega no sólo tranquilidad sino estilo a la vida urbana en la gran ciudad. Si la ocasión hace al ladrón, hay que desalentar sus fechorías disponiendo obstáculos (a través del consumo de bienes o servicios) que

1 Lorenc Valcarce, F.: *La seguridad privada*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2014, 74

se compran en el *mercado a la industria de la seguridad*. La cultura del control, se ha dicho también, es el resultado del giro privatista de la seguridad, de la participación de la sociedad civil en las tareas de control.

Como sea, para algunos, la seguridad privada es una actividad comercial legítima, como cualquier otra; y para otros, se trata de una inaceptable delegación de funciones gubernamentales hacia los particulares. Por eso decía que la pregunta que recorre el libro es la siguiente: ¿Estamos frente a una policía auxiliar, es decir, frente a un socio menor de la seguridad pública, o por el contrario ante una policía paralela? No caben dudas que nos encontramos muy lejos de la conformación de fuerzas parapoliciales como las que existieron alguna vez en el país o las que existen actualmente en otros países como Colombia o Brasil. Sin embargo, eso no implica desconocer que la seguridad privada se define en un espacio de disputas que compromete a muy distintos actores procedentes de sectores económicos, funcionarios, periodistas y profesionales de la política.

Ahora bien, el hecho de que los protagonistas fundadores de la industria de la seguridad privada sean policías y militares no debería llevarnos a concluir que estamos frente a un ejército paralelo. Las empresas que componen el sector no constituyen la reserva represiva de las elites que se fue componiendo reclutando a oficiales y suboficiales de las distintas fuerzas de seguridad que fueron apartados por ser sospechosos o haber cometido algún delito. En primer lugar, hay que decir que casi la totalidad de los vigiladores que prestan servicios en edificios y barrios privados, bancos y oficinas, clubes y espectáculos, escuelas y universidades, o en las plantas industriales, están desarmados. Solo el 25% de los vigiladores utiliza armas de fuego. Actualmente los empresarios y administradores consideran que la discreción no sólo es más eficaz que la ostentación de armas de fuego sino mucho más barato, porque no requiere entrenamiento, habilitación ni primas de seguro. En segundo lugar, para Lorenc Valcarce, la mayoría de los policías y militares que se volcaron a la industria de la seguridad privada, no tenían un pasado oscuro o reprochable, no se trata de miembros que fueron apartados o exonerados de alguna agencia sino de individuos con una trayectoria profesional determinada que llegaron al final de su carrera y, estando obligados a retirarse, fundaban una empresa de seguridad o vendían sus capacidades a estas empresas. De hecho, su autor constata que estos emprendedores son individuos que refirieron a la seguridad privada como un espacio para invertir sus capitales acumulados durante su carrera, esto es, la oportunidad para hacer valer tanto el capital social (contactos), el capital cultural (técnicas, conocimiento de armas y manejo de grupos) y el capital simbólico (capacidad de mando), todas cualidades productivas desarrollados al interior de las fuerzas de seguridad pública. Por eso concluye Lorenc Valcarce: “No hay que suponer que se trata siempre, ni si quiera la mayoría de las veces, de una estrategia consciente y deliberada, desarrollada con pleno control por parte de sus autores: en la mayoría de los casos, las personas hacen simplemente aquello que saben hacer, siguen pensando en términos relativamente similares a los que habían venido

utilizando hasta el momento, y no problematizan sus automatismos hasta que dejan de funcionar en la práctica.”²

Y en tercer lugar, se calcula que de los 160 mil individuos que trabajan en la industria de la seguridad privada, solo 15 mil pasaron por alguna fuerza pública (el 9,2% percibe un ingreso jubilatorio o pensión de retiro). Sus integrantes constituyen un segmento voluminoso del nuevo proletariado de servicios, provenientes en su mayoría de los sectores bajos más que de las clases medias, sin calificaciones específicas y con una educación formal relativamente baja, que referenciaron a este mercado como la oportunidad de tener un trabajo formal y que, a pesar de que las remuneraciones sean relativamente bajas, se trata de un empleo estable, con cobertura social y otros beneficios sociales y que garantizan un mejor acceso al crédito de consumo. En definitiva, sus integrantes no se reclutaron entre la llamada “mano de obra desocupada de las fuerzas armadas o seguridad” sino entre la población masculina de los sectores populares. Trabajadores de la seguridad que no se dedican a reprimir sino a realizar tareas rutinarias, monótonas y banales, tales como la observación de la circulación de mercancía y tránsito de personas por determinados lugares.

Termino: dije al comienzo que sabíamos muy poco sobre la seguridad privada, hoy, con el libro de Federico Lorenc Valcarce, no sólo sabemos mucho más sino que quedan planteadas una serie de preguntas con las que seguramente nos mediremos en la próxima década. No solo introduce las cuestiones centrales sino nuevos enfoques. La industria de la seguridad privada constituye otro ámbito donde se expresan diversas tendencias de la sociedad y transformaciones económicas de largo aliento: la cultura de la inseguridad, la gestión racional de riesgos, la economía de servicios, la tercerización laboral, la hibridez policial, las nuevas formas de violencia, la segregación espacial, la desigualdad social. Aquí hay todo un conjunto de elementos que pide ser repensado otra vez.

2 Lorenc Valcarce, F.: *La seguridad privada*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2014, 125